

(4.)

nes que reciben de Dios unos Prelados buenos, sino los Fieles todos, concordés y de mancomun, tributen al Eterno las mas rendidas gracias por un beneficio de esta naturaleza; beneficio á todas luces grande, y que no negareis ser á todos comun al punto que reconozcais en un *Prelado digno el Objeto hermoso de las delicias de la Iglesia*. Tal es el espectáculo á que hoy convido vuestras mentes. Oid pues, Padres Reverendísimos, lo que voy á decir: escuchad, Vírgenes Religiosas, lo que van á pronunciar mis labios: atended, Congreso respetable, mis discursos, porque todo el objeto de ellos será glorificar á nombre de todos á nuestro gran Dios, publicar su beneficencia, ensalzar sus misericordias, magnificar su nombre, y ofrecerle un sacrificio de alabanza, de reconocimiento y de gracias por la mediacion de su Esposa.

AVE MARIA.

(5.)

Dichoso el vientre que te cargó y los pechos que te alimentaron.

EN vano los Filósofos (...): delire quanto quiera la Filosofia de nuestros tiempos, era lo que yo decia, siempre será cierto y constante el que en ninguna sociedad se debe jamas pretender una igualdad absoluta y entera de todos los que la componen. El orden, que es el alma de toda la naturaleza, pide en todo cuerpo una cabeza que dirija, y otros miembros que sean regidos y gobernados. Lo mismo puntualmente que nos enseña la Ley divina por los oráculos del Apóstol, el qual en términos expresos notifica á nombre de Dios, que toda criatura debe estar sujeta y rendida á las potestades mas sublimes (2). Debe pues, haber Superiores, y debemos reconocer, que quantos legítimamente gozan de este carácter, son otros tantos representantes del Altísimo, á quienes há confiado una parte de su poder, y en cuyas frentes há colocado un sello de su Divinidad. Pero si bien todos convienen en la calidad de ser puestos por Dios, hay no obstante una gran diferencia entre Prelados y Prelados. Unos son segun los consejos de la iradel Eterno; (3)

(2) Rom. cap. 12, & 13. (3) Zach. 11.

(6.)  
y otros son segun las dulzuras de su divino co-  
razon (4). Unos los manda en la indignacion de  
su cólera; otros los envía en la efusion de su  
bondad. Unos son castigo; otros favor. Aquellos  
en fin son unos azotes de Dios; y éstos unos pre-  
sentes de su clemencia y misericordia. Yo hablo,  
Señores, de estos últimos; y de ellos sostengo,  
que son un beneficio digno de toda gratitud, que  
hace Dios á su Iglesia, presentándole en ellos unos  
objetos agradables de su gozo y de sus delicias.  
Consideremos, si no, un digno Prelado canóni-  
camente elegido y puesto al frente de una Socie-  
dad Religiosa, cuyo gobierno se le encomienda.  
Mirémoslo en sí mismo, veámoslo con respecto  
á sus súbditos, atendámoslo en fin con relacion á  
toda la Iglesia; siempre es para ella un muy de-  
licioso espectáculo.

### P. I.

**Y** Primeramente, un Prelado que no se pro-  
cura por sí mismo este honor, sino como  
(5) Aaron aguarda el llamamiento: que no busca  
el puesto sublime; mas este le busca á él: que no  
se ha conducido á la cumbre en que se coloca, si-  
no por el camino de un mérito sobresaliente y

(4) Jer. 3. (5) Hebr. 5.

(7.)  
de unas prendas nada vulgares, es desde luego  
una Persona en quien vé la Iglesia brillar el con-  
junto de las virtudes características del alto gra-  
do. Asi es sin duda, y al mirarlas la Iglesia, no  
puede ménos que regocijarse en tal Hijo, viendo  
que en él florece aquella vara maravillosa, (6)  
que colocada en el tabernáculo, apareció repen-  
tinamente coronada de hojas, adornada de flores,  
y enriquecida de bellos frutos, para prueba au-  
téntica de una eleccion divina. Sí: aquella vara era  
el símbolo de las virtudes que debian caracte-  
rizar un Prelado segun el corazon de Dios, y la  
Iglesia se alegra quando vee á un Hijo suyo, que  
constituido en la Prelacia, hace corresponda su  
porte exáctamente á la figura.

Mas dexando aparte la vara admirable de  
Aaron, vamos por un rato con su hermano Moy-  
ses á ver en la santa montaña otro prodigio que  
transporta, una zarza entre cuyas espinas estan  
ardiendo encendidas llamas (7). ¿Qué juzgais se  
le enseña en esta vision tan estupenda del fuego  
y las espinas? Comprehended, os ruego, el mis-  
terio. Moyses va á ser el Xefe del Pueblo esco-  
gido de Dios. Deberá dirigirlo, y deberá ense-  
ñarlo. En este Pueblo cuya direccion se le en-

(6) Num. 17. 17. (7) Exord. 3 V. 3.

(8.)

carga, será testigo de muchísimas necesidades, que clamarán á él por socorro; inspector de muchas flaquezas, que será preciso sufrir, y blanco de bastantes contradicciones, que habrán de probar su paciencia. Será pues, necesario, que esté ilustrado su entendimiento con la luz de la sabiduría para su enseñanza y direccion, y su corazón abrasado con el ardor de la caridad para socorrerlo, soportarlo y sufrirlo. Tal es el misterio del fuego. Por otra parte, en este Pueblo mismo habrá reos que deberán ser castigados, errantes que deberán ser corregidos, y rebeldes cuya contumacia y orgullo deberán ser contrarestados. Se hace pues preciso, que á la luz de la sabiduría, que al ardor de la caridad, que adornarán á su Conductor, vayan acompañando la severidad y la justicia. Esto simbolizan las espinas de aquella zarza. Pues veed ahora renovarse plausiblemente á vista de la Iglesia la magestad de este prodigio, siempre que ella tiene la gloria de ver constituidos Conductores y Xefes de las Familias santas unos hombres dignos de que á ellos sea confiada su conducta y su direccion. Ella los ve en la cumbre de la Prelacia despidiendo luces, no de aquella ciencia profana que hincha y ensorbece; mas de aquella sabiduría que es propia de los

(9.)

Santos, con la que se dirigen á sí mismos y á los demas por las sendas hermosas de la virtud y perfeccion. Veelos abrasados del fuego de una caridad ardientísima, con que socorren las indigencias de sus pobres encomendados, soportan sus defectos, toleran sus contradicciones, se compadecen de sus flaquezas, se duelen de sus enfermedades, y á imitacion del Santo Apóstol, se hacen todo á todos (8) para ganarlos á Jesuchristo. Veelos finalmente, armados de las puntas de la justicia y severidad, castigar á los díscolos, sujetar á los inobedientes, y hacer frente á los contumaces, sin que consuma estas espinas el fuego del amor, que ántes bien es en ellos el que ordena, el que intima, el que temple las correcciones. Vision por cierto capaz de deleitar los tiernos ojos de la Iglesia, no ménos que la del Oreb los del extático Caudillo.

Pero ¿por qué causa me he de estar deteniendo yo en andar buscando en la tierra hermosos símbolos y figuras para pintar la complacencia que la Iglesia santa recibe de un Prelado qual ella quiere? Para hacer el retrato de un hombre de esta calidad, ya que por lo mismo es del número de los dichosos, que pueden decir con San Pablo

(8) 1. Cor. 9.

(10.)

(9) que su conversacion es en los cielos; al cielo es donde debemos subir para pintarlo mas dignamente. ¿Y qué pensais? ¿Que con estos designios me serviré ahora del Sol, de la Luna, de las Estrellas, esos cuerpos luminosos que hacen la alegría de todo el universo? Bien pudiera, y no sería el primero que con ellos lo comparase (10); pero me remonto mas alto. Transcendiendo no solo el ayre, no solo las nubes, no solo los Planetas, no el Firmamento solo, sino todos los cielos, y pasando los demas coros de los Angeles, doy un vuelo hasta los Serafines. ¿Que altura! ¿Que sublimidad! No me acuseis, Espíritus excelentísimos de temeridad y de arrojo, si con vuestra grandeza me atrevo á comparar á un Prelado digno de serlo. Puntualmente es un Serafin quien me enseñó la comparacion, un Buenaventura, un Dr. Serafico. (\*) Quando este Santo se pone á describir las qualidades de un Prelado, no halla modelo mas oportuno de quien copiarlas, que estos altísimos Espíritus. Ni duda, avanzar, el que si Christo se dignó de tomar el semblante de un Serafin, quando en la montaña Alvernia apareció á mi amado Padre Francisco para llenarlo de ho-

(9) Phillip. 3. V. 20. (10) Psalm. 12. V. 3.

(\*) S. Bonav. Opusc. sex Alarum.

(11.)

nor y gloria con las señales de sus Llagas, fué para mostrarle en aquella figura los caracteres que debian adornar y distinguir á los Prelados. Y á la verdad ¿no es un buen Prelado una Imagen de los Serafines? ¿No se ocupa en la contemplacion de Dios y de sus atributos, como ellos? ¿No está encendido en el amor de sus perfecciones, como ellos? ¿No ilumina á los que son sus inferiores, como ellos? ¿No está en una Gerarquía superior, como ellos? ¿No tiene por último seis alas hermosas, como ellos? ¿Por qué que son aquel zelo que le abrasa y devora por la justicia y rectitud; aquella piedad y compasion toda paterna con que abraza á sus subditos con entrañas de caridad; aquella paciencia y longanimidad constante con que soporta sus defectos, y lleva el peso del dia y del estío en la custodia de su rebaño; aquella discrecion é ilustrada prudencia con que se maneja en toda ocurrencia y negocio; aquella familiaridad y union con el Eterno, que es el blanco de su espiritu y corazon; en fin, aquella exemplaridad en todo género de virtud que lo presenta á los que rige, como una regla viva, y como una ley animada; ¿que son digo, todas estas virtudes, sino otras tantas (\*\*) alas, con que

(\*\*) Ide. S. Bovav. loc. cit. Tópica 8. V. 8. c. 1. (\*\*)

(12.)

un Prelado digno vuela á la santidad, vuela á la perfeccion, vuela hasta al mismo Dios, y hace al mismo tiempo volar tambien á sus inferiores? ¡Que objeto este tan hermoso para la Iglesia! ¿Y quan precioso no le es tambien el que le pone ante los ojos una humildad la mas profunda, que él le hace ver en el ápice de su elevacion? Al ver que la honra no lo insolenta, que el puesto no lo desvanece, que las veneraciones no lo engrien, que los aplausos no lo encantan, que las postraciones de los súbditos que vee á sus pies les reputa como homenajes tributados á la dignidad, y no á la persona: en una palabra, al ver que puesto por Rector de los demas, léjos de llenarse de orgullo, se mira como uno de tantos, y aun como el mas baxo de todos. Me imagino que piensa ver un Rafael, Serafin nobilísimo, que á pesar de sus altas prendas, y en medio de su elevacion, no se desdeña de abatirse hasta el extremo, no diré solo de igualarse, mas de aparecer inferior respecto del jóven Tobias, (\*\*) sirviéndole como de criado. Sea enhorabuena, Iglesia Santa, cólmate de placer, y mira llena de ternura unos hijos que te dan gloria: que á tu vista florecen como unas varas prodigiosas, dignas de

(\*\*) Tobiae 8. V. 24.

(13.)

colocarse en lo interior del tabernáculo: que á tu vista arden como unas zarzas encendidas, capaces de excitar la delicia y la admiracion: que á tu vista vuelan como abrasados Serafines á beber de cerca por el amor y contemplacion los rayos de la Divinidad. Regocíjate en ellos; y al verlos distinguidos con caractéres tan preciosos, contéplalos como unos vasos de oro ricamente adornados con todo género de piedras. Aplicales aquel elogio que ofreció el Eclesiástico á la memoria de Simon el hijo célebre de Onias; (1) *quasi vas auri solidum, ornatum omni lapide pretioso*; y deleitate al verlos tan dignamente colocados en tus brillantes aparadores para tu honor y tu delicia. Tal es un buen Prelado mirado en sí mismo, ó en las virtudes que lo adornan. Ni lo es ménos considerado con respecto á sus súbditos, ó en los nobles oficios que desempeña.

## P. II.

**V**EE en sus súbditos unos corderitos entregados á su custodia, y contempla unos hijos encomendados á su ternura. Por tanto, reúne en sí á beneficio de ellos todo el afecto de un Pastor,

(1) Eccli. 50. V. 10.

(14.)

la atención de un Padre, y toda la dulzura de una Madre piadosa y tierna. Como Pastor, él considera su rebaño, lo conduce por buenos pastos, lo preserva de los barrancos y precipicios, lo defiende de los lobos y de los osos, y por un efecto de la dulcísima caridad que lo enciende y agita por cada uno de sus corderos, hace cuanto es en sí porque ninguno se le pierda, de modo que algún día pueda decir á su Señor: *de quantos me habeis entregado, no se me ha perdido ninguno, sino tal vez algun hijo de perdicion que ha querido frustrar mi zelo* (2). Como Padre, les da saludables consejos, los instruye con santas máximas, los pone al rededor de sí, y lleno de ternura se les explica de esta manera: (3) *Venid, hijos míos, escuchad la voz de vuestro Padre: yo os enseñaré el temor santo del Señor.* ¿Y qué sucede? Que al ver el fruto de sus paternas instrucciones, la obediencia de sus buenos hijos, y la exemplaridad de los que con una conducta arreglada y juiciosa edifican á la familia, se llena por ellos de regocijo y complacencia, ni mas ni menos que un Padre amoroso por el adelantamiento, y los progresos de sus hijos. Que si entre los buenos ve acaso alguno que sea díscolo ó defectuoso, no por

(2) Joan. 17. v. 12. (3) Psal. 33. v. 12.

(15.)

eso lo toma entre ojos, no le aborrece, no cierra para él las entrañas de su bondad; mas con espíritu de blandura corrige sus defectos: si es preciso hace uso de la severidad para castigar el delito, pero de aquella que conviene á un Padre, y no á un tirano; en fin, si el hijo vuelve en sí de su descarrío y de su desorden, no le da con las puertas en la cara, mas lo recibe entre sus brazos como el Padre del Prodigio, (4) transportado de júbilo por el amado hijo que habia muerto y resucitó, que habia perdidose y ha vuelto. ¿Qué mas? Para que sus encomendados no echen ménos en él ningun género de ternura, usa para con ellos aun de la propia de su Madre. Resuena en sus oídos la amonestacion que en los ángulos de Claraval hacia resonar San Bernardo. (5) " Sabed, " decia, sabed Prelados, que debeis ser vosotros " Madres de vuestros súbditos. Procurad antes ser " amados que ser temidos. Sed Madres fomen- " tando, y Padres corrigiendo. Sea la mansedum- " bre, no la fiereza, quien domine en vuestros " corazones. Suspended el látigo, y presentad los " pechos. " Estos dulces avisos son la regla que le conduce, y sus súbditos hallan en él, los buenos el pecho de la congratulacion, con que aplau-

(4) Lucae 15. v. 20. (5) S. Bernar. Serm. 23. in Cant.

(16.)

de sus buenas obras; y los defectuosos el pecho de la compasion, con que siente sus extravíos. Con lo que, á un mismo tiempo, la caridad de que está animado le hace llenar para con ellos los officios amorosísimos de Pastor, de Padre, y de Madre.

Este mismo amor le hace solícito en el bien de ellos, y esta solicitud lo empeña al cumplimiento de otros cargos importantísimos. Viéndose por la dignacion del Eterno constituido sobre su casa, (6) procura responder á tan soberana confianza con una exâcta fidelidad; y cree que debe ser el Proveedor de una familia, el Cultivador de una hacienda, y el Medianero de unas almas. Lo cree, y lo cumple. Él cuida, como Proveedor, que nada falte de lo preciso, ya á la subsistencia del cuerpo, ya principalmente á la nutricion del espíritu. Atiende á que los cuerpos sean sustentados con frugalidad religiosa; y no se descuida de que las almas se alimenten con aquel que es su alimento propio, esto es, la práctica de la virtud y el anhelo á la perfeccion. Él como Cultivador de una viña (7) preciosa, encomendada á sus esmeros, pone todo cuidado en que florezca cada dia con el cultivo de las ciencias,

(6) Matt. 24. V. 45. (7) 1. Cor. 3. V. 9.

[(17.)

con la magestad decorosa del culto, con el canto devoto del officio divino, con el adorno y limpieza del templo, con el aseo de los utensilios sagrados, con la predicacion digna de la palabra de Dios, con la asistencia á los divinos tribunales de salud, y con todas aquellas cosas que contribuyen al buen nombre y esplendor de una Comunidad. En fin, para que vengan sobre sus súbditos todos los bienes necesarios, para atraer sobre ellos las bendiciones del Altísimo, para que sean colmados del rocío del cielo y la grosura de la tierra (8): él como un Intercesor, se arrodilla ante el divino acatamiento, y derrama sus súplicas al pie del trono del Señor. Sabe que una de las obligaciones indispensables del Superior es orar por los que tiene baxo su cargo (9); y con el espíritu de Moyses al Pueblo escogido, no puede menos que decir: No permita Dios que yo cometa tal pecado, como sería el dexar de rogar por vosotros: *Absit à me hoc peccatum::: (10) ut cessem orare pro vobis.* Ora pues, y de la oracion es de donde saca las luces que lo dirigen en su gobierno: ora, y con la oracion impetra todas las virtudes con que se debe distinguir:

(8) Gen. 27. V. 28. (9) Rom. 12. V. 12.

(3) 1. Reg. 12. V. 23.

(18.)

ora, y con la oracion procura mantener en la observancia á los fervorosos, y alcanzar el fervor á los tibios: ora, y con la oracion se esfuerza á conseguir la reduccion á los descaminados: ora, y con la oracion aparta de su Monasterio la calamidad y desdicha: ora, y con la oracion quita á Dios de las manos el rayo vengador, que iba á caer tal vez sobre un súbdito delinquente: ora en fin, y subiendo continuamente al trono del Excelso el incienso de sus oraciones, hace que de aquel trono mismo descendan sobre su Orden las misericordias divinas en todo género de bienes, y en la libertad de todo mal. De esta manera desempeña como Proveedor cuidadoso, como Labrador diligente, y como Intercesor amante aquella atenta solicitud que le demanda la confianza que ha hecho de él el Señor, constituyéndole sobre su familia, como un siervo fiel y prudente.

Y aun no se contenta con esto: sabe muy bien que para que su amor y su solicitud tengan respecto de sus súbditos toda aquella eficacia que puede apetecerse en orden á su bien, es necesario que vaya siempre delante de ellos, llevando en las manos la lámpara del buen exemplo. Sabe que la conducta del Prelado es comunmente la

(19.)

regla que siguen los súbditos. Sabe que nada sirven los consejos, nada las correcciones, nada los mandatos, quando no viene á su socorro la autoridad del buen exemplo; y con esto está persuadido de que solo puede llenar las medidas de un buen Prelado aquel que imita á Jesuchristo, que *cepit facere & dicere* (\*), que envió delante de sus preceptos el exemplo de sus santas obras. Sobre esta persuasion se contempla á sí mismo, y no permite en su conducta la mas ligera cosa que pueda dar aun remotamente algun motivo de tropiezo: *nemini dantes ullam offensionem* (\*\*); mas compone de suerte sus movimientos, sus acciones, todos sus pasos, que en su porte todo edifique, todo instruya y todo exemplarice. De una vez, él es un espejo claro, terso y hermoso, donde mirándose sus súbditos, ven si algo tienen que corregir, ven si les falta de que adornarse. Espejo de observancia de todas las leyes divinas: Espejo de observancia de todos los preceptos de la Iglesia, y Espejo de observancia de todas las reglas y constituciones religiosas. De todo eso ven en él los exemplos, y su bien regida conducta es una voz muda, pero muy viva, muy eficaz y muy enérgica, con que á todos sus súbditos

(\*) Act. 1. v. 1. (\*\*\*) 2. Cor. 6. v. 3.